

cuán remotamente antigua es la historia de los buenos propósitos y eso probaría en todo caso que las normas del bien vivir individual no son muy susceptibles de cambio o progreso.

El ser humano, víctima de fuerzas contradictorias y dolorosas, piensa por sí y su pensamiento abre una brecha en el barrido ominoso del tiempo y los acaeceres. Gran parte de la filosofía moral antigua se organiza como un conjunto de reglas y normas para, en unos casos, prevenir o desfundamentar el mal y, en otros, cuando la dimensión de la fatalidad es incontrolable —el tiempo huidizo, el dolor físico, la muerte—, hallar fórmulas de consuelo y resignación. Es común la idea, tratada especialmente por Séneca, de que el sabio no puede ser dañado. La sabiduría reporta sosiego y felicidad (debería de). El instinto de la supervivencia y el intento de esquivar la contrariedad se convirtieron en sabiduría (o filosofía, no estaba definida la frontera) desde el vago instante nunca bien asumido en que el hombre perdió parte de su confianza en las virtudes protectoras que la ignorancia primitiva convirtió en leyendas, mitos, dioses y religión y tuvo que buscar en sí mismo y en la realidad inmediata los métodos apropiados que le permitieran superar la agresión del entorno.

Así, como código moral de acción y defensa, se organizaron los pensamientos de Marco Aurelio, otro adalid arcaico en el empeño de sacarle provecho honrado al oficio de vivir (y de reinar) y que, en el determinismo del destino, la fatalidad y las leyes de la naturaleza, buscaron la manera de adecuarse dentro de las probabilidades de la lógica y el sentido común a lo que de inquietante y angustioso tiene la existencia humana, el apego, la injusticia, la infelicidad, lo dado y, en su caso, los problemas de gobierno, abstractamente considerados. Y de esta manera impulsarse o reconvenirse a alcanzar un espíritu sereno y una elevación ética que le permitieran ejercer sus tradicionales nostalgias de justicia, benevolencia y sinceridad. Porque la vida es un instante: «Estarás muerto en seguida, y aún no eres ni sencillo, ni imperturbable, ni andas sin recelo de que puedan dañarte desde el exterior, ni tampoco eres benévolo para con todos, ni cifras la sensatez en la práctica exclusiva de la justicia.»

La brevedad de la vida exige la perfección moral y la práctica de la virtud. Es un pensamiento de sumo interés: que la proximidad de la muerte o la escasa duración de la vida tenga por consecuencia la necesidad de ser bueno y justo. Igualmente se podría pensar lo contrario: que la cortedad de la vida exime de la virtud. Pero un fragmento de otra reflexión arroja luz. Marco Aurelio aconseja ver «las cosas humanas como efímeras y carentes de valor: ayer, una mosquita; mañana, momia o ceniza» (aquí ya estaban los registros esenciales de Jorge Manrique) y, en el transcurso del razonamiento, se refiere a los tiranos que abusaron arrogantes de su poder sobre vidas ajenas como si éstos «fueran inmortales». Sólo la inmortalidad, se deduce, podría haber justificado el abuso. Contradicciones no resueltas: o la vida es valiosa y la inmortalidad no existe o existe la inmortalidad y la vida no vale nada. Una de las semicoherencias del cristianismo. Marco Aurelio, como antes Séneca, se aproxima con frecuencia al espíritu del cristianismo, doctrina que en aquella época, siglo II, aún luchaba por adquirir carta de legitimidad. Sin embargo, este notable emperador de Roma, también como Séneca de origen hispano, acaso la representación más verosímil de la utopía de Platón, se sumó al movimiento de represión del cristianismo. Aparte de considerar a

los cristianos como posibles elementos perturbadores en el equilibrio del Estado (el pueblo culpaba al cristianismo de las epidemias de peste), otra hipótesis explicativa puede centrarse en la idea que Marco Aurelio tenía de la inmortalidad, concepto a todas luces contraproducente en relación al comportamiento digno, humano, ya que la inmortalidad es propia de dioses y la acción de los dioses es poco o menos punitiva y reprochable que la de los hombres condenados a la pudrición.

Estoico, panteísta, austero, esforzado, a veces epicureísta, ya *existencialista* y noblemente pragmático (las clasificaciones tienen poco valor porque no son rigurosas), las constantes de Marco Aurelio se refieren a vivir con arreglo a la naturaleza y a asimilar el hecho de la muerte. Una sola frase contiene las dos preocupaciones: «No desdeñes la muerte, antes bien, acógela gustosamente, en la convicción de que ésta también es una de las cosas que la naturaleza quiere.» Quiso actuar bajo el lema de «recibir sin orgullo y desprenderse sin apego». La *salvación de la vida* consistió para él en ver qué es cada cosa por sí misma, su materia, su causa, y en practicar la justicia y decir la verdad. Dados tales supuestos, sólo restaba «disfrutar de la vida» y hacer buenas acciones. No desdeñar la muerte y menospreciarla tienen el mismo fin: «Remedio sencillo, pero con todo eficaz para menospreciar la muerte es recordar a los que se han apegado con tenacidad a la vida.» Y, además, hay que tener en cuenta que sólo se vive el presente, el instante fugaz, y lo que está fuera o se ha vivido ya o es incierto. Insignificante es la vida de cada uno y pequeña la fama póstuma, que «se da a través de una sucesión de hombrecillos que muy pronto morirán, que ni siquiera se conocen a sí mismos, ni tampoco al que murió tiempo ha». Lo que garantiza la felicidad es la práctica de la «verdad heroica» y la «recta razón», sin esperar ni evitar nada, conformándose a la actividad presente de acuerdo a la naturaleza.

Marco Aurelio murió de úlcera o de peste, en campaña, combatiendo a los germanos. De su mujer, Faustina, a quien elogió cariñosamente en sus notas, tampoco se sabe si fue una buena esposa o una buena adúltera (se acepta mejor la primera posibilidad). En cuanto a su gestión de gobierno como emperador de los vastísimos dominios de Roma, que llegaron a tener en su apogeo unos nueve millones de kilómetros cuadrados, se entiende que consiguió una cierta coherencia entre su personalidad y las acciones prácticas, lo que le convierte en uno de los individuos más fascinantes de la historia. A este propósito, se pueden extraer del propio Marco Aurelio algunos indicios. En primer lugar, recomendó a sí mismo no mantener «esperanza en la constitución de Platón» y tachó de vulgares a esos otros «hombrecillos que se dedican a los asuntos ciudadanos» a la manera de filósofos, hombrecillos «llenos de mocos». En vez de alcanzar la utopía de Platón, Marco Aurelio se conformaba con progresar en el «mínimo detalle», pensando que no se trataba de una insignificancia, y esto en realidad supone una primera valoración de la cotidianidad. Por otra parte, era consciente de que ya no podía conseguir la reputación de filósofo: «A ello se oponen incluso los presupuestos de tu vida.»

Marco Aurelio no halló la «vida feliz» ni en las argumentaciones lógicas, ni en la riqueza, ni en la gloria. ¿Dónde radicaba la vida feliz? En responder a lo que quiere la naturaleza humana con la posesión de los principios de los que dependen los instintos y las pasiones y la acción, y estos principios son los concernientes «al bien y

al mal, en la convicción de que nada es bueno para el hombre si no lo hace justo, sensato, valiente, libre, como tampoco nada es malo si no le produce los efectos contrarios a lo dicho».

Esta sabiduría noble e inocente, y que no es más que una ciega confianza en la sensatez y en la sencillez realista marca una línea que no ha progresado tanto en el conocimiento de la sustancia confundida e interrelacionada del bien y el mal como los retorcimientos sutiles del relativismo y la sofística, pero, sin embargo, aun no prometiendo la grandeza eterna del cristianismo, apela a algo muy importante, quizá inefable, superficialmente filosófico, y este algo se refiere a la ética de las buenas intenciones inapelables. Luego la genética se impuso a las leyes de la sabiduría. Insomne, ulcerado, con tribulaciones sin cuento, Marco Aurelio dejó heredero a Cómodo, uno de sus cuatro hijos, que resultó disoluto y soez y fue calificado por los historiadores de «desdicha pública». La sabiduría que tanto le costó conseguir no traspasó el efecto de las costumbres establecidas ni iluminó el amor de padre.

De estos códigos de conocimiento y contra la desdicha o el desconsuelo quedan en pie, como un denominador común, el sueño de la frugalidad pagana, la armonía del término medio y el impulso de entender las solicitudes profundas de la naturaleza para inmiscuirse en su inescrutable ritmo, aunque sepamos que una considerable porción del mérito humano se refiere precisamente a las modificaciones introducidas por el hombre en esa naturaleza.

¿Podemos dudar que los métodos de conocimiento y la sabiduría deben hacernos cada vez mejores y más felices? ¿Podemos vivir tranquilos y enorgullecidos ante el abismo que hoy existe entre la perfección acabada, la redondez de las ideas «constructivas», los «sistemas filosóficos» completos, evolucionados, y la pobreza dura y elemental de la realidad? ¿Hay consuelo en el hecho inapelable de que todo es real, tanto el cristianismo y el marxismo como el terrorismo y la bomba de neutrones?

Sólo se me ocurre por el momento la vaga respuesta de que el pensamiento aceptable por sus buenas intenciones y honorabilidad siempre ha progresado a costa de un subrepticio idealismo. Históricamente se ha demostrado que las propuestas utópicas influyeron favorablemente en el comportamiento de la realidad. La realidad «alcanzó» la utopía, pero en la actualidad la utopía parece haber tocado techo o, en cualquier caso, las únicas utopías con futuro son las más siniestras, las de tipo Huxley y Orwell. Si en un momento dado hubiera que retrotraerse al rigor intelectual absoluto de la confirmación beneficiosa respecto al gusto de vivir y a la posible esperanza racional del pensamiento organizado, no sería demasiado inútil recordar a nuestros voluntariosos clásicos de la naturaleza y la ética.

EDUARDO TIJERAS
Maqueda, 19
28024 MADRID